Mordecai Kurz

Por qué está fallando la democracia estadounidense y cómo restaurarla

Project-Syndicate, 30 de mayo de 2025.

Stanford. – Aunque la democracia ha estado en retroceso a nivel mundial durante al menos una década, la reelección de Donald Trump y sus caóticos primeros meses en la Casa Blanca han colocado a Estados Unidos en el centro de esta crisis global. Incluso podría marcar un punto de inflexión. La avalancha de análisis sobre este giro autoritario en Estados Unidos ha sido demasiado predecible, y muchos culpan al Partido Demócrata por haber perdido el contacto con los trabajadores estadounidenses.

Sin embargo, algunos comentaristas señalan factores culturales, como la raza, el aborto o la llamada "ideología progresista", como causas centrales de la polarización social y política del país. Otros argumentan que la política estadounidense ha perdido su voz cívica, que las normas democráticas se han deteriorado o que la política económica ha pasado a servir únicamente a los intereses de los ricos.

Aunque todas estas perspectivas contienen un atisbo de verdad, describen principalmente síntomas de una democracia en declive, en lugar de ofrecer un diagnóstico convincente. ¿Por qué la democracia estadounidense ha perdido su voz cívica? ¿Por qué los políticos violan las normas democráticas?

¿Por qué la política económica favorece los intereses de los ricos y no de los demás? Si no podemos responder a estas preguntas, no podremos desarrollar una hoja de ruta política coherente para restaurar la legitimidad de la democracia.

Dos fuerzas han impulsado el retroceso de la democracia. La primera es la revolución de las tecnologías de la información (TI) que comenzó a transformar la economía en la década de 1970. La segunda es la agenda política de libre mercado iniciada por la administración del presidente Ronald Reagan en 1981. Hasta 2020, tanto las administraciones republicanas como las demócratas apoyaron esta agenda, que se expandió a nivel mundial bajo el lema del "Consenso de Washington".

La combinación de estas dos fuerzas concentró una enorme riqueza y poder político en manos de muy pocos, y no por primera vez en nuestra historia.

Sin embargo, si bien las anteriores rondas de cambio tecnológico proporcionaron beneficios considerables y facilitaron la movilidad ascendente de los trabajadores, las últimas cuatro décadas han sido diferentes. Durante este período, la tecnología y las políticas fueron especialmente destructivas para los empleos de los trabajadores con menor nivel educativo, que representan el 62 % de la fuerza laboral estadounidense.

Dado que las fuerzas económicas y tecnológicas explican el declive de la democracia, revertir la tendencia requiere cambios drásticos en las políticas públicas. Los primeros meses de la segunda presidencia de Trump han reforzado aún más esta conclusión. La imagen de la persona más rica del mundo, un oligarca de la alta tecnología no electo, regodeándose junto al presidente electo habla por sí sola.

Impunidad monopolística

Es bien sabido que la economía estadounidense ha generado una enorme riqueza privada. Pero ¿cómo se creó? En mi libro de 2023, *El poder de mercado de la tecnología: Comprender la Segunda Edad Dorada*, muestro cómo las innovaciones y las nuevas tecnologías —la fuente del progreso económico— también generan un creciente poder de mercado: la capacidad de una empresa para cobrar un precio superior al coste incremental de producción del producto, lo que genera beneficios monopolísticos. Dado que una empresa innovadora obtiene la propiedad de su tecnología, tiene una ventaja sobre sus competidores que no pueden aprovechar la misma innovación. Este monopolio se aprovecha entonces para obtener poder de mercado sobre el precio de cualquier producto cuya producción requiera la tecnología patentada.

Mi análisis muestra que, bajo una política económica de libre mercado, el poder de mercado inicial otorgado a los innovadores se convierte en una característica permanente de la economía. Los innovadores que ganan una carrera tecnológica pueden emplear diversas estrategias para consolidar su éxito inicial y consolidar su poder de mercado.

Pueden usar actualizaciones tecnológicas, como cuando una empresa crea un sistema de patentes interrelacionado que extiende la duración del poder monopolístico otorgado por patentes anteriores. Pueden aprovechar economías de escala y efectos de red inaccesibles para nuevos participantes en el mercado. Pueden adquirir competidores o sus tecnologías. Pueden recopilar información sobre clientes y proveedores a la que la competencia no puede acceder. Y pueden intimidar a posibles competidores con amenazas de ofrecer un producto competitivo de bajo costo incluso con pérdidas, demandas legales frívolas, campañas de desprestigio público y tácticas más sutiles como la manipulación de la cadena de suministro.

Además, la exención de los monopolios tecnológicos de la legislación antimonopolio facilita el aumento del poder de mercado. Si bien se supone que esta exención evita una contradicción entre la legislación antimonopolio y la de patentes, en última instancia invalida el propósito de la primera. Al fin y al cabo, la tecnología es la fuente de la mayor parte del poder monopolístico, y la obtención de beneficios monopolísticos es el principal motivo de la mayoría de las innovaciones empresariales.

Otro hecho clave es que, contrariamente a la constante mención de "disrupción" en Silicon Valley, la competencia tecnológica no elimina el poder del mercado. Todas las investigaciones al respecto concluyen que un monopolio tecnológico establecido defenderá su segmento de mercado y que solo será desafiado en muy raras ocasiones. En lugar de competir, las empresas tecnológicas suelen cooperar desarrollando proyectos conjuntos o delegando la investigación y el desarrollo a pequeñas empresas que son adquiridas si tienen éxito.

Prácticamente todas las *startups* de Silicon Valley planean, desde su inicio, desarrollar su nueva idea hasta cierto nivel y luego ser adquiridas por una empresa líder. Esta preferencia refleja el hecho de que, si bien la colusión de precios es ilegal, la cooperación tecnológica no lo es. Consideremos OpenAI. Tiene el potencial de convertirse en competidor de Microsoft, el líder del software. Pero en lugar de competir, OpenAI consiguió una inversión de 13 000 millones

de dólares de Microsoft, convirtiéndose en socio de la empresa mucho más grande. Todas las demás empresas jóvenes de IA están haciendo lo mismo.

Sin competencia

Estas dinámicas económicas y tecnológicas explican el auge de las empresas multimillonarias actuales. Su alta tasa de adquisición de empresas más pequeñas explica cómo se convirtieron en imperios corporativos que abarcan diversas tecnologías. Dado que las innovaciones llegan en oleadas, el poder del mercado se acumula simultáneamente en múltiples empresas, creando una economía en la que una o dos grandes empresas con poder monopolístico dominan cada segmento del mercado. En algunos segmentos, algunas empresas débiles, que solo operan marginalmente, pueden ofrecer versiones más económicas del producto.

La innovación es la fuente de las ganancias monopolísticas, la mayor parte de las cuales corresponde a quienes poseen una fracción significativa de la empresa creada para comercializarla: los primeros inversores, asesores financieros y capitalistas de riesgo que adquirieron las acciones iniciales de la empresa a precios muy bajos. Si la innovación tiene éxito, las acciones de la empresa cotizan en bolsa, su valor se dispara y los propietarios se enriquecen de la noche a la mañana.

Esto explica cómo se crean la mayoría de los multimillonarios. A medida que la empresa crece, el riesgo disminuye y el público en general también empieza a comprar sus acciones, pero a precios mucho más altos. Mientras tanto, la propiedad de la riqueza creada por la innovación inicial sigue estando altamente concentrada entre los muy ricos. Por lo tanto, la mayoría de las ganancias de los monopolios, y la riqueza generada por ellas desde la década de 1980, han beneficiado solo a una pequeña minoría de estadounidenses.

Esto es lo que ocurre cuando las empresas pueden aplicar libremente las estrategias de consolidación del mercado mencionadas anteriormente, y cuando la baja tributación corporativa e individual permite a los ricos conservar sus ganancias. Estas fueron las condiciones durante las dos épocas doradas estadounidenses: la primera, de 1870 a 1914, y la segunda, de 1981 a la actualidad.

Durante la era del New Deal, que comenzó en la década de 1930, prevalecieron condiciones fundamentalmente diferentes. Si bien la desigualdad era muy alta en la década de 1920, la Gran Depresión destruyó una cantidad significativa de riqueza, reduciendo la desigualdad económica y socavando la credibilidad y el estatus social de los ricos. En aquel entonces, se creía que la desigualdad de la riqueza había contribuido a la depresión y que Estados Unidos debía establecer un límite máximo para los ingresos netos de impuestos. Con base en este pensamiento igualitario, el tipo impositivo marginal máximo sobre la renta se fijó en el 79 % en 1936.

Posteriormente, en su mensaje al Congreso de 1942, el presidente Franklin D. Roosevelt propuso una tasa marginal máxima del impuesto sobre la renta del 100 % para ingresos superiores a 25 000 dólares (unos 510 000 dólares en dólares de 2025), pero el Congreso la fijó en el 94 % para ingresos superiores a 200 000 dólares. No obstante, se mantuvo una tasa elevada del 91 % después de la Segunda Guerra Mundial hasta la década de 1960, y del 70 % hasta 1981.

La megacrisis de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, junto con el régimen antimonopolio y regulatorio del New Deal, había renovado la cohesión social estadounidense, promovido el patriotismo y consolidado la credibilidad del gobierno democrático durante el medio siglo comprendido entre 1933 y 1981.

El poder privado en una nueva era dorada

¿Cómo amenazan la democracia el creciente poder de mercado y la acumulación masiva de riqueza privada? El primer efecto directo es la creciente desigualdad económica. El poder de mercado, originado en el dominio tecnológico, conduce a precios monopolísticos para productos cuya producción requiere esa tecnología. Las ganancias monopolísticas resultantes se extraen del mercado a expensas de otros.

A medida que los tecnólogos de Silicon Valley y sus inversores asociados obtienen crecientes beneficios monopolísticos, reducen la proporción de ingresos generados tanto por el trabajo como por el capital, incluyendo los ingresos que fluyen hacia los jubilados y otros ahorradores. Por lo tanto, estimo que los beneficios monopolísticos representaron menos del 5% de los ingresos totales generados por las corporaciones estadounidenses en 1980, en comparación con aproximadamente el 25% en 2019. Hoy, la proporción es aún mayor.

La riqueza monopolística es el componente del precio de las acciones creado por las ganancias monopolísticas. Dado que el precio de una acción se determina por las expectativas de los inversores sobre las ganancias futuras, la riqueza monopolística es la valoración de mercado de las ganancias monopolísticas que los accionistas esperan recibir. La riqueza monopolística total en los mercados bursátiles estadounidenses era cercana a cero en 1980, pero para 2019 había ascendido a más de 25 billones de dólares, y probablemente supere los 35 billones de dólares en la actualidad.

Dado que la mayor parte de esta riqueza se destinó a un segmento relativamente pequeño de la sociedad estadounidense, ha contribuido decisivamente al aumento de la desigualdad de ingresos y riqueza. Entre 1980 y 2019, el ingreso per cápita estadounidense ajustado a la inflación creció un 97,3 %, mientras que los salarios reales de los trabajadores del sector manufacturero aumentaron un 4,8 %, una tasa anual del 0,12 %. Los trabajadores del sector manufacturero generalmente no tienen título universitario, lo que implica que quienes no lo tienen se beneficiaron poco del aumento de la productividad después de 1980.

Pero lo más importante es que la enorme desigualdad económica genera una enorme desigualdad *política*, lo que socava la democracia porque el aumento de la riqueza privada incrementa el poder privado, que es *la capacidad de imponer la voluntad propia a otras personas*. Si bien el poder proviene de diferentes fuentes, la riqueza privada es la herramienta habitual para obtenerlo, lo que erosiona las instituciones democráticas fundadas en el principio de que el poder privado debe limitarse al derecho al voto.

En la primera Edad Dorada, unos pocos magnates ladrones se hicieron con el poder para controlar la nominación de presidentes. En la segunda, la enorme desigualdad de la riqueza ha permitido a unos pocos estadounidenses ejercer una influencia descomunal mediante el cabildeo, las contribuciones a campañas y las amenazas de financiar impugnaciones a los presidentes en ejercicio. Han

tenido un impacto significativo en la formulación de políticas, la legislación y la regulación. Estados Unidos se ha convertido en una oligarquía, encabezada por los ricos a quienes Trump nombró para altos cargos, los multimillonarios que hicieron fila en su toma de posesión y los acaudalados directores ejecutivos que lo han apoyado.

Personas como Miriam Adelson, Marc Andreessen, Michael Bloomberg, Elon Musk, los hermanos Koch, George Soros y Peter Thiel han demostrado públicamente cómo la riqueza se traduce en poder político, y muchos otros estadounidenses adinerados utilizan regularmente su riqueza para ejercer poder e imponer su voluntad a los políticos mediante donaciones y otros medios. El Departamento de Eficiencia Gubernamental de Elon Musk es solo el ejemplo más reciente y grotesco de tal transacción. Dado que el origen de gran parte de esta riqueza reside en el poder de mercado de las empresas subyacentes, DOGE pone de relieve que *el poder de mercado y la desigualdad económica impulsan el poder político y la desigualdad política*. Dicha desigualdad erosiona el poder político y la participación cívica de los ciudadanos comunes y provoca que muchos ciudadanos de ingresos medios y bajos pierdan la fe en su democracia.

El papel crucial de la tecnología

Nada de esto habría sido posible sin una política económica de libre mercado. Dicha política también refleja el deseo de libertad individual y la convicción de que las personas deben ser responsables de sus actos. En su forma más pura, dicha política rechaza todos los programas de protección social, incluidos aquellos orientados a la capacitación o al apoyo de los trabajadores cuyos empleos son destruidos por la tecnología o el libre comercio.

Los políticos estadounidenses suelen expresar una reverencia similar a la de Ayn Rand por el individualismo heroico, pero esta dispensación tiene consecuencias de gran alcance. Una economía de libre mercado basada en la tecnología permite que algunos se beneficien y que otros se vean perjudicados por la innovación. La autosuficiencia requerida resulta en que quienes sufren los perjuicios queden abandonados a su suerte, lo que crea el problema político de personas enojadas, víctimas de una política que consideran injusta. El resultado real es una democracia debilitada.

La variable clave aquí es el impacto del cambio tecnológico en las habilidades de los trabajadores. A principios del siglo XX, las principales tecnologías innovadoras fueron la electricidad y el motor de combustión interna, pero la que realmente impulsó la industrialización estadounidense fue la cadena de montaje (inventada por Ransom Olds en 1901 y perfeccionada por Henry Ford, quien desarrolló la cadena de montaje móvil en 1913 para producir el Modelo T). Este método de producción en masa destruyó algunos empleos cualificados, pero, a diferencia de las tecnologías actuales, creó muchos empleos de mayor productividad para trabajadores sin título universitario.

La línea de montaje móvil redujo costos al simplificar las operaciones complejas y convertirlas en tareas simples y repetitivas, lo que permitió a Ford contratar trabajadores no cualificados capaces de realizar dichas tareas de forma sostenida. Recompensó a quienes soportaban el trabajo en la línea de montaje aumentando sus salarios por encima de los de los trabajadores no cualificados

comunes, creando así al tradicional "trabajador de cuello azul" que podía perseguir el sueño americano sin un título universitario.

Con el tiempo, surgieron trabajadores manuales en otras industrias, realizando diversas tareas repetitivas para producir en masa una gran variedad de bienes. Muchos empleos administrativos, como los de contables y cajeros, también se transformaron en trabajos repetitivos.

Así, los trabajadores sin título universitario —que representaban aproximadamente el 85% de la fuerza laboral estadounidense en 1920, y aún más del 65% en 1950— fueron los principales beneficiarios de las tecnologías del siglo XX. Recibían capacitación en el trabajo y ganaban lo suficiente para educar a sus hijos, acceder a servicios médicos, tomar vacaciones y desarrollar su autoestima como miembros de una vibrante fuerza laboral estadounidense y una clase media en rápida expansión.

La revolución de las tecnologías de la información y la globalización destruyeron todo eso. La automatización basada en las tecnologías de la información desplazó a los trabajadores que habían prosperado con las tecnologías anteriores, ya que reemplazó los empleos que requerían la realización de tareas repetitivas. Muchos de los obreros que antes prosperaban se vieron obligados a aceptar empleos peor remunerados, una tendencia que destruyó muchas comunidades vibrantes y provocó el deterioro de la vida familiar y la salud, así como un aumento de lo que Anne Case y el economista premio Nobel Angus Deaton llaman «muertes por desesperación» (por suicidio, sobredosis y enfermedades hepáticas).

El lado oscuro de la globalización

La globalización de libre mercado posterior a 1981 fue la otra causa principal de pérdidas significativas de empleo. Si bien el comercio internacional es teóricamente beneficioso, impone costos a algunos grupos que superan los beneficios. La apertura comercial con China, por ejemplo, eliminó alrededor de 2,4 millones de empleos en Estados Unidos entre 1999 y 2011.

Si bien los trabajadores menores de 39 años encontraron empleos alternativos, la mayoría de los trabajadores mayores, cuyas habilidades especializadas no encajaban en las industrias a las que necesitarían acceder, no pudieron adaptarse al "Shock de China" y abandonaron el mercado laboral. Y, dado que los desplazamientos inducidos por el comercio tendieron a concentrarse geográficamente, las pérdidas de empleos, inicialmente aisladas, acabaron provocando un declive económico regional y, posteriormente, una mayor pérdida de empleos. Este declive regional se intensificó por el traslado de parte de la industria manufacturera del Norte al Sur, donde no existe un sindicato, y las consecuencias han sido duraderas; estudios realizados en 2019 muestran una recuperación prácticamente nula en las regiones afectadas.

Los efectos adversos sobre los trabajadores sin título universitario han sido de una magnitud sin precedentes. La economía estadounidense crecía, pero la mayoría de los trabajadores estadounidenses se veían perjudicados por la naturaleza de dicho crecimiento. Las políticas de libre mercado y la tecnología destruyeron la orgullosa cultura del trabajador obrero, y mientras esta destrucción se desarrollaba, las élites educadas estadounidenses ignoraron el problema, insistiendo en que el mercado se encargaría de ello o simplemente

apoyando la reconversión laboral de los trabajadores desplazados. Cuando este proceso se convirtió en una tormenta política populista, la mayoría de los estadounidenses, especialmente las élites, fueron tomados por sorpresa.

Ahora conocemos el resultado: el auge del movimiento MAGA de Trump y el declive de la democracia. Ignorados por las instituciones democráticas durante dos generaciones, los trabajadores sin título universitario perdieron la esperanza. Cuando se les dio la oportunidad, rechazaron lo que han llegado a considerar una élite corrupta que ha usado falsos argumentos científicos para justificar las políticas que los perjudicaron. Desde su perspectiva, si las últimas cuatro décadas representan el "progreso", no les sirve de nada.

No es fácil estimar la cantidad de personas que simpatizan con este punto de vista, pero podemos intentarlo. En mi próximo libro, "*El poder privado y el declive de la democracia: Cómo lograr que el capitalismo apoye la democracia*", llego a dos cifras. Una es la de los 40 millones de estadounidenses cuyas condiciones económicas se vieron directamente afectadas por los despidos del último medio siglo. Esto incluye a los trabajadores, sus familiares y la familia extendida que experimentaron un deterioro en su nivel de vida. También incluye a los trabajadores locales y sus familiares que perdieron sus empleos en regiones en declive debido a las mismas fuerzas.

La segunda cifra se compone del primer grupo, más los trabajadores sin título universitario que han perdido la fe en la posibilidad de ascenso social en Estados Unidos para quienes trabajan duro. Mi estimación es de 110 millones de estadounidenses, con una diferencia de 70 millones que comprende un gran número de trabajadores, incluyendo jóvenes, preocupados por su futuro. Esto refleja la alta y creciente ansiedad en el mercado laboral estadounidense ante el posible impacto de las tecnologías futuras, en particular la IA, que también podría amenazar los empleos de las personas con formación.

Estas estimaciones incluyen elementos de las diversas fuerzas antidemocráticas de base cultural (como grupos religiosos fundamentalistas y diversos movimientos racistas y extremistas) que siempre han estado presentes. Su reducido número impedía que ganaran elecciones. Pero al combinarse con los trabajadores que se consideraban víctimas económicas de la democracia liberal, alcanzaron una masa crítica.

Esto es lo que hizo Trump al formar la coalición MAGA en las elecciones de 2016. Esto implica que los factores culturales, aunque explotados por los políticos para atacar a sus oponentes y promover su propia agenda, no explican el auge de MAGA. Su contribución marginal sin duda marcó la diferencia en 2016 y 2024, pero la principal fuerza impulsora de MAGA es el gran número de trabajadores sin educación universitaria que se opusieron a la democracia liberal.

Las fuerzas que impulsan el declive de la democracia en Estados Unidos son evidentes en otros países, pero varían según las condiciones locales. En particular, la gravedad del retroceso democrático depende del alcance de las políticas adoptadas por los países para ayudar a los trabajadores a afrontar el impacto de los grandes cambios económicos. Escandinavia, Alemania y Japón presentan ejemplos de este tipo de políticas explícitas.

Salvando la democracia

Podemos tener democracia o una política económica de libre mercado, pero no podemos tener ambas. La restauración de la democracia requiere alcanzar dos objetivos centrales: el primero es *suprimir el poder privado* y eliminar la extrema desigualdad económica y política que ha convertido a Estados Unidos en una oligarquía. El segundo es *garantizar que los beneficios de las innovaciones y el crecimiento económico se compartan de forma más equitativa*, de modo que ningún grupo quede excluido y se vea obligado a pagar el precio de las ganancias de otros.

La buena noticia es que el creciente poder de mercado y la alta desigualdad económica y política que lo acompaña no son inevitables. Las reformas políticas pueden revertirlo. La era del New Deal demostró que una política antimonopolio activa y su aplicación pueden impedir que las grandes empresas adquieran a las pequeñas, y que una combinación de medidas antimonopolio e impuestos puede contener el poder de mercado.

Una estrategia para controlar el poder privado puede desglosarse en cinco reformas esenciales. La primera consiste en actualizar la Ley Antimonopolio Sherman para que establezca explícitamente que la política pública busca controlar el poder de mercado, preservando al mismo tiempo los incentivos para la innovación. La política antimonopolio actual se ha visto limitada por argumentos legalmente contradictorios sobre la intención de la ley.

En segundo lugar, debemos prevenir la concentración tecnológica reforzando las restricciones a las adquisiciones. La concentración tecnológica es tan anticompetitiva como la concentración en la comercialización de productos, ya que ambas conducen a la monopolización. Más allá de un tamaño mínimo específico que varía según el sector, deben prohibirse las adquisiciones que resulten en una mayor concentración tecnológica.

En tercer lugar, se debe reformar la legislación de patentes para evitar que las empresas utilicen la protección de la propiedad intelectual como estrategia para consolidar su poder de mercado. Debemos reforzar el requisito de novedad para las patentes y distinguir entre las patentes primarias verdaderamente innovadoras y las patentes secundarias, cuya descripción depende de una patente primaria. La protección de las patentes secundarias debería concederse solo durante la mitad de la vigencia de las patentes primarias.

En cuarto lugar, la tributación debe considerarse una herramienta para contrarrestar el poder privado. El tipo impositivo del impuesto sobre la renta de las sociedades debería aumentarse al 45%, y el impuesto marginal máximo sobre la renta personal (superior a un millón de dólares anuales) debería incrementarse al 60%.

Por último, los responsables políticos deberían eliminar las restricciones legales a la sindicalización, a la vez que exigen auditorías públicas rigurosas de las cuentas financieras y la gobernanza de los sindicatos para prevenir la corrupción. Dado que los sindicatos fortalecen la capacidad de acción de los trabajadores y contribuyen a mejorar el equilibrio de poder en el mercado, también promueven el segundo objetivo político: no dejar a nadie atrás.

Esto nos lleva al segundo componente de la restauración democrática: una distribución más equitativa de los beneficios de la tecnología y el crecimiento. Esto significa que Estados Unidos necesita un nuevo enfoque político hacia la

innovación y el crecimiento que evite que grandes cantidades de personas pierdan sus medios de vida cada vez que se produce un cambio tecnológico significativo. El enfoque predominante de libre mercado promueve estos resultados, cuando los responsables políticos deberían garantizar que los ganadores compartan parte de sus ganancias con los perjudicados.

Nuevamente, podemos desglosar la solución en sus componentes. Para empezar, el salario mínimo federal debería aumentarse a \$15 y compararse con el índice de precios al consumidor. Además, Estados Unidos debería establecer un *derecho federal a la restauración de los medios de vida*. Esta política implica que a cada trabajador desplazado por un desarrollo económico o de mercado apoyado por políticas públicas se le debería garantizar la restauración de los medios de vida de su familia.

El apoyo se concretaría en formación continua totalmente subvencionada, fondos de jubilación (si la formación continua no es viable), ingresos para compensar la pérdida de salarios durante la formación, atención médica durante el período de transición, gastos de mudanza (si fuera necesario) y servicios sociales para preservar la vida familiar. Estas políticas son habituales en Escandinavia, Alemania y Japón, con variaciones entre países. El programa se financiaría mediante impuestos sobre los nuevos productos y tecnologías.

Estados Unidos también debería introducir un subsidio para promover la invención de productos y servicios basados en IA fáciles de operar y mantener, creando así empleos tecnológicos más avanzados que no requieran títulos universitarios. Los programas gratuitos de capacitación y desarrollo de habilidades también permitirían ampliar la oferta de buenos empleos para trabajadores sin título universitario. Esto requiere una mayor inversión en escuelas de oficios, centros de formación profesional y programas de aprendizaje.

La cooperación entre trabajadores y empresarios es esencial. Dadas las complejidades de las tecnologías actuales y futuras, la colaboración sería más constructiva y conduciría a una mayor productividad. Con una política de recuperación de los medios de vida financiada con impuestos, las empresas tendrían mayor libertad para adaptar su tecnología y su fuerza laboral, y esta flexibilidad económica beneficiaría, en última instancia, tanto a empleadores como a trabajadores.

La creciente descarada ilegalidad de Trump pone de relieve la urgencia del desafío que enfrentan los estadounidenses, a medida que la oligarquía consolida su control sobre el país. Si queremos una sociedad democrática justa, debemos enfrentar el poder privado y las ganancias monopolísticas que lo alimentan. Es cierto que mucho tendrá que cambiar para llevar al poder una coalición que restaure la democracia. Pero dicho cambio se está volviendo inevitable porque la administración Trump no mejorará la vida de los trabajadores que la llevaron al poder.

Mordecai Kurz, profesor emérito de Economía en la Universidad de Stanford, es autor de *The Market Power of Technology: Understanding the Second Gilded Age* (Columbia University Press, 2023) y del próximo libro *Private Power and Democracy's Decline: How to Make Capitalism Support Democracy* (MIT Press, 2026).